

libro, pero hoy no voy a hablar mas que de uno que lo considero de aplicación a las actuales circunstancias.

En 1917 estaba ya gravemente enfermo. Reuniéronse los ejecutivos de la U. C. T. y del P. O. S. para resolver que carácter iba a tener la huelga que era inevitable declarar. Antes de resolver fueron a consultar su opinión los compañeros Julián Besteiro y Angiano. Su opinión fué contraria a que se diera a la huelga carácter revolucionario. Debía de declararse, pero solo por solidaridad con los ferroviarios. Nosotros unánimemente resolvimos lo contrario. ¿Y cual fué la actitud de Iglesias? ¿Dimitió los cargos de presidente de la Unión y del Partido? No. Siguió ocupándolos y trabajando por su fortalecimiento. La huelga revolucionaria de momento fracasó. Fueron a presidio los principales dirigentes

del movimiento. ¿Cual fué su actitud? ¿La de desautorizarlos y desplazarlos de los cargos? Nadie pensó en ello. Iglesias con su pluma, con su palabra y con sus cartas, se solidarizó con el movimiento, lo defendió y realizó una ardorosa campaña por la amnistía. Muchos que se dicen sus discípulos, no han hecho esto ni el año 1931 ni en 1934. ¿Por qué?

En el Partido Socialista fué siempre y en mi concepto lo es hoy, lícito disculpar en problemas doctrinales y tácticos, pero cuando se entra en la acción, hay que acallar todas las discrepancias para no ofrecer al enemigo las ventajas morales que le proporcionan. Esto es lo que hemos aprendido de Iglesias. Por lo menos, esto es lo que él procuró enseñarnos.

M. Cordero

Las ideas y los hombres

UNA MORAL NUEVA

«Yo, personalmente, no tengo nada de marxista.» Estas palabras, llenas de humorismo, que en él se daba con frecuencia, las pronunciaba Marx poco antes de morir. No puede expresarse más donosamente la ausencia de egolatría en quien dejaba a la espalda una obra gigante cuyo valor doctrinal se rubrica, por añadidura, con la lección permanente que fué la vida de su autor. En efecto, marxistas podemos serlo todos... menos Marx si viviera hoy. Marxistas, entiéndase, en cuanto profesores de una doctrina que tuvo en Marx su creador genial y su practicante más puro, cualidad esta que le hace aparecer como un gigante no solo en orden al pensamiento, sino en orden a su contextura moral. Por mucho que nos esforcemos en separar al hombre de la obra, y aunque se juzgue esta con perspectiva histórica, en la que el hombre aparece relegado a lugar secundario en el juicio crítico, no podemos prescindir de valorar la calidad moral del hombre. Si Marx hubiera sido distinto a como fué, no por eso su obra tendría menos alcance histórico, aunque también es posible, en ese caso, que «El Capital» se hubiera quedado sin escribir. Pero ¿no nos ofrece una doble estimación cuando

sabemos que el hombre y su obra se corresponden de manera perfecta?

Y a la inversa. Nadie podrá negar, por ejemplo, la influencia que en la Revolución Francesa tuvo Mirabeau, su gran tribuno. Solo que Mirabeau era un inmoral que aceptaba, a última hora, el soborno de la monarquía. La Historia no le ha negado por ello su condición de grande hombre, pero es la suya una grandeza solo a medias. La intimidad de los hombres excepcionales pesa más de lo que parece en su vida exterior. En el caso de Marx, pese a las dimensiones ingentes de su obra, es claramente perceptible esa proyección de lo interior sobre lo externo. Se proyecta, desde luego, en beneficio suyo, como se proyecta en el caso de Pablo Iglesias, otro ejemplo admirable de unidad moral, de existencia sin desdoblamientos ni contradicciones de ninguna clase.

Marx era—y él lo sabía—el pensador más grande de su tiempo. Nadie mejor que él podía saber hasta que punto es mercancía cotizable, en régimen capitalista, el trabajo de la inteligencia. El genio, si se administra bien—es decir, si se domestica—se paga a precio caro. Pero Marx no entendía de domesticidades ni se some-

tía, siendo su intérprete, a las leyes del materialismo en su traducción personal. En 1852, en vísperas del famoso proceso de Colonia, en el que puso a contribución un esfuerzo tenaz, Marx le escribía a Engels: «Tengo a mi mujer enferma, a Jennita enferma, a Lenita con una especie de fiebre nerviosa. Al médico no podía ni puedo llamarle, pues no tengo dinero para medicinas. Hace ocho o diez días que vengo alimentando a mi familia con pan y patatas, y vamos a ver cuanto dura. He tenido que suspender los artículos para Dana, por no tener la perragorda para comprar periódicos... Lo mejor que podría ocurrirme es que la señora de la casa me lanzase a la calle. Por lo menos de este modo me vería exento de una partida de veintidos libras. Pero no hay que esperar de ella tanta complacencia. Pon encima el panadero, el lechero, el tío del té, el de las hortalizas, la vieja deuda con el carnicero. No se como voy a salir de este atasco. En estos ocho días últimos no he tenido otro remedio que pedir prestados unos cuantos chelines y peniques a obreros; es lo que más odio, pero he tenido que hacerlo para no perecer». Y eso lo escribía Marx cuando se pasaba las noches enteras trabajando, porque los días no le daban bastantes horas de sí para su labor.

También el ascendiente sobre las multitudes es materia cotizable cuando quien la posee cede a la tentación.

Nadie la ha logrado en España—y rara vez en el extranjero—tan honda y extensa como Pablo Iglesias. Guardadas las distancias consiguientes, los apuros de Marx se corresponden con las treinta pesetas que cobraba Iglesias por ser el director, el compositor, el ajustador y el corrector de «El Socialista», además de ser también el secretario y el propagandista de un Partido que entonces daba todavía que reir. Y no eran los que menos reían los republicanos. Más tarde, las risas se trocaron en insultos que rebotaban en la coraza moral, inviolable, que Pablo Iglesias se había fabricado a fuerza de austeridad. Alguno de los insultantes, cínico, tonto, y vanidoso, anda hoy por ahí con el «straperlo» a cuestas...

Ni el caso de Marx, ni el de Pablo Iglesias, como el de tantos otros que han sido después seguidores suyos, son, sin embargo, casos individuales